



Más allá de la sala de práctica psicomotriz



Una mirada diferente hoy para un sujeto
diferente mañana

Más allá de la práctica psicomotriz

Aucouturier, hay una filosofía humanista,
un modelo psicológico, y una coherencia
metodológica que intenta aportar una luz
ante los retos educativos de hoy en día con
el fin de que la escuela se convierta en un
lugar saludable y creativo donde educar sea
un arte y crecer un estímulo.



M^º Ángeles
Cremades Carceller



Psicóloga. Terapeuta en psicomotricidad
andelecremades@cefopp.com



La práctica psicomotriz Aucouturier tanto en su vertiente educativa como en la terapéutica, propone una metodología en la que, combinando espacios y tiempos en una sala, la "sala de psicomotricidad", y con unos materiales determinados, los niños pueden realizar el proceso que va del juego, la acción y el movimiento, a la palabra, la representación y el pensamiento. La ya archiconocida frase del profesor Aucouturier "del placer de actuar, al placer de pensar" es una realidad que los profesionales constatamos día a día, sesión a sesión, cuando vemos a los niños ir transformando su fuerza vital, sus impulsos y emociones en actividades simbólicas, imágenes y representaciones mentales, que es, a fin de cuentas, el proceso que todos los seres humanos realizamos en los primeros años de vida. El nacimiento del psiquismo hunde sus raíces en las primeras etapas de la vida en las que el ser humano es ante todo cuerpo y fisiología, por ello nuestra propuesta metodológica pone el acento en el desarrollo de todos aquellos procesos que conducen a la formación del pensamiento, partiendo del cuerpo, utilizando la espontaneidad y el deseo de movimiento del niño, como medio para la transformación de los impulsos vitales en representaciones psíquicas conscientes e inconscientes.

La fundamentación de esta práctica está magníficamente explicada por el propio Bernard Aucouturier en el libro *Los fantasmas de acción y la Práctica Psicomotriz* (Graó 2004), por lo que no voy a detenerme en el desarrollo de la misma, sino en los principios que fundamentan la intervención del adulto para favorecer todos estos procesos, principios que, en nuestra opinión, pueden y deben traspasar las paredes de la sala de psicomotricidad para llegar a formar parte del sistema de actitudes de cualquier educador o persona que tenga relación con niños/as. La primera pregunta que nos podemos plantear es: **¿qué tipo de ser humano quiero que sea ese niño que está delante de mí?**

A esta primera pregunta creo que tanto padres como maestros daríamos respues-



Crear en el niño como ser único y original que posee todas las potencialidades para llegar a ser ese ser humano que solo él puede ser, es un principio que se enuncia fácilmente.

tas similares, pues todos aspiramos a educar seres humanos autónomos, capaces de desenvolverse en la vida, con capacidad para compartir afectos y amistades, así como de desarrollar pensamiento autónomo y criterio propio para conducirse en la sociedad. Este objetivo global se irá desgranando a lo largo del periodo educativo en objetivos más cercanos y concretos, que en las primeras edades responderán más a hitos madurativos y progresivamente se irán convirtiendo en objetivos de aprendizaje y conocimiento. Pero si hay algo que será permanente y transversal a lo largo de todas las etapas, al menos en teoría, es el objetivo de autonomía perso-



nal y de pensamiento. Para que un niño se convierta en ciudadano, no hay que esperar a inculcar valores en la adolescencia, sino que hay que empezar por educar seres humanos psicológicamente estables, consistentes, y este camino empieza mucho antes. Voy a dejar voluntariamente de lado la referencia a las metodologías e innovaciones pedagógicas que se van abriendo camino con mayor o menor fortuna en el ámbito escolar para centrarme en la persona, en el adulto, pues cualquier metodología, cualquier aprendizaje, criterio o valor va a ser transmitido por un ser humano, una persona que existe y se expresa en la relación con los niños no sólo desde sus conocimientos sino esencialmente desde su bagaje personal, algo que cobra especial relevancia en las primeras edades.

Y aquí surgiría la segunda pregunta que nos podemos plantear, **¿cómo puedo yo ser ese otro que el niño necesita para crecer, para llegar a ser él mismo?** Porque de estas reflexiones van a derivarse no sólo metodologías, sino esencialmente planteamientos éticos, personales y de intervención muy distintos.

Voy a referirme a tres principios esenciales en la práctica psicomotriz, tres puntos de partida sobre los que empezar a reflexionar.

Crear en el niño

Crear en el niño como ser único y original que posee desde el inicio todas las potencialidades para llegar a ser ese ser humano que sólo él puede ser. Cuando creemos en alguien nuestra mirada es diferente. ¿Y qué es esto de crear en el niño?

Es un principio que se enuncia fácilmente pero que son sólo palabras vacías si no conseguimos integrarlas como parte de nosotros mismos en nuestra experiencia vital, no se trata por tanto únicamente de una convicción, sino que tiene que "tomar cuerpo", encarnarse en nosotros para que sea una manera de existir cuando estamos ante un niño.

La presencia de un niño a nadie deja indiferente pues provoca en el adulto reacciones de índole afectiva imposibles de evitar. Por eso dar al niño el lugar de sujeto, un sujeto que merece el mismo respeto que un adulto, no siempre es evidente.

Un niño evoca siempre imágenes de infancia, de la propia historia familiar, imágenes de padre o de madre, incluso de nuestra propia historia escolar; despierta nuestro niño interior y por tanto es campo abonado para que emerjan en la relación educativa aquellos aspectos más inconscientes de nuestra historia de vida sobre los que tenemos poco control, pero que van con nosotros, porque forman parte de nuestro bagaje personal. Creer en el niño requiere haberse reconciliado con el niño que fuimos, haber curado heridas, haber abierto luces sobre aspectos en sombra, perdonar y habernos perdonado, porque si no se ha elaborado mínimamente la propia historia ésta puede llegar a imponerse sobre el conocimiento y la profesionalidad a la hora de estar con los niños, y en ese momento el niño concreto que está delante de nosotros deja de existir. Y esto en cada etapa tiene sus riesgos. Es fácil apropiarse o invadir el cuerpo de un niño pequeño con nuestros requerimientos, es fácil gritar a un niño si no obedece, dejarle por imposible si no nos hace caso, rivalizar con él, o plegarse a sus deseos excesivos porque creemos que no va a entender un límite, cuando en realidad somos nosotros los que no nos atrevemos a decir "no" para no sentirnos mal con nosotros mismos. Son comportamientos humanamente comprensibles, pero que responden a la problemática del adulto, no del niño. "Crear en el niño" significa darle su lugar, mirarle con confianza, escucharle con atención, apoyarle ante las dificulta-

No hay nada que pueda construirse sin seguridad afectiva. Pero la seguridad afectiva entronca con nuestra propia historia de seguridades, pérdidas y culpas

des y, esencialmente, arropar su mundo emocional acompañándole con una mirada que, más allá de sus comportamientos, va al fondo de su ser, dejando nuestra mano tendida por si la necesita.

La seguridad afectiva

El desarrollo de un niño se basa en la seguridad afectiva, no hay nada que pueda construirse sin seguridad afectiva, y en este construirse estamos hablando desde el "yo" que se estructura en los primeros años de la vida hasta los aprendizajes que se desarrollan posteriormente en la escuela. El ser humano es un ser de relación, que madura en una relación y que se convierte en humano precisamente por el largo periodo de dependencia de otro ser humano que conlleva el hecho de humanizarse, es decir, acceder a la posición vertical y al lenguaje. Esta seguridad afectiva que en los inicios es esencialmente corporal, tónico-emocional y postural, va evolucionando hasta que el niño consigue interiorizar de manera estable sus referentes de seguridad afectiva aunque no estén presentes, consiguiendo así una primera seguridad afectiva de base que se va a poner en juego en cada nueva relación. Establecer relaciones de seguridad en los espacios y lugares que son de nuestra competencia es responsabilidad exclusiva del adulto. Garantizar la seguridad afectiva de los niños es nuestra obligación ineludible. La estabilidad de los espacios, el orden de los objetos, los ritmos de actividad que se repiten creando rutinas y por lo tanto estructurando tiempos internos, las normas claras, nos ayudan en la creación de encuadres que garantizan la seguridad afectiva de los niños. Pero una vez más



la seguridad afectiva entronca con nuestra propia historia de seguridades, pérdidas, transgresiones y culpas que pueden potenciar o restar disponibilidad a la relación con los niños, pues pudiera darse el caso que estuviéramos más ocupados en satisfacer nuestras propias necesidades de seguridad que la de los niños. Una vez más nos encontramos ante comportamientos comprensibles pero que no nos sitúan como ese otro que el niño necesita para crecer.

La acción

El niño es un ser de acción. Entendiendo la acción como la capacidad de transformación de sí mismo o del entorno, el niño es un ser de acción desde edades muy tempranas. Los niños, como hemos dicho, inicialmente construyen su seguridad afectiva partir de la relación con los adultos de referencia pero es a través de



Todos nos identificamos con lo que hacemos,
nuestra acción nos identifica a los ojos
de los demás y a los nuestros propios,
somos lo que hacemos

la acción como los niños van construyendo sus propios procesos de seguridad afectiva. Si los momentos de presencia han sido "suficientemente buenos", en términos de Winnicott, el deseo de acción y transformación va a surgir de forma natural siendo éste uno de los indicios significativos de un desarrollo satisfactorio. Entender la necesidad de acción y movimiento de los niños como factor constitutivo del sentimiento de sí, proporciona al niño la mirada que necesita para seguir creciendo en confianza y seguridad. Cualquier acción del niño tiene una dimensión transformadora con consecuencias en las representaciones internas a nivel motor, cognitivo, simbólico, social, incluso narcisista; pues va creando el sentimiento de ser y de ser capaz. Todos nos identificamos con lo que hacemos, nuestra acción nos identifica a los ojos de los demás y a los nuestros propios, en cierta medida somos lo que hacemos, por eso es tan importante que los niños encuentren no sólo el placer de la acción, sino la mirada confiada, estimuladora y comprensiva sobre su acción que le permita seguir desarrollando el deseo de actuar, que no es otro que el deseo de ser uno mismo.

Un espacio singular

La sala de psicomotricidad es el lugar donde estos tres puntos sobre los que acabamos de reflexionar encuentran su máximo exponente y por eso los niños lo perciben como un lugar excepcional. El niño encuentra en la sala un marco de seguridad afectiva, un lugar que es deseado, no sólo por lo que encuentra allí (espacio, materiales), sino por lo que puede ser allí, lo que puede hacer y por lo tanto vivir y sen-

tir, en la que además hay un adulto que le acompaña ofreciéndole un espejo de placer sobre su propia acción, esa mirada que le da su lugar de sujeto.

Evidentemente las casas y las escuelas no pueden ser salas de psicomotricidad pero sí podemos extender estos principios a otros ámbitos fuera de la sala a los que se traslade una ética de respeto al niño, como ser humano que es, a partir de una mirada diferente sobre los procesos madurativos y de crecimiento. Voy a poner unos ejemplos.

Imaginemos una escena de separación del niño de la madre en una escuela infantil, aunque puede aplicarse a otros momentos en los que la separación de la madre crea en los niños pequeños la angustia que conlleva el llanto. Ante estas situaciones, un porcentaje elevado de adultos tiende a coger a los niños en brazos, a hablarles de que su mamá va a volver pronto, pidiéndole que no llore más, intentando en el mejor de los casos distraer su atención mientras lo mantiene en brazos. Una actitud coherente con los principios sobre los que venimos reflexionando llevaría al adulto a mantener al niño en el suelo, para que no pierda sus apoyos para que sienta que sigue siendo él, le podemos dar la mano y pasear con la criatura para que sepa que estamos ahí acompañando su pena pero que la va a superar porque va a encontrar la manera a través de sus propios recursos. O también, podemos bajarnos a su altura y darle algún objeto, por ejemplo una pelotita, que con bastante probabilidad el niño va a lanzar lejos, y a partir de seguir lanzando objetos que le podamos dar o que él mismo va a encontrar, va a ir poniendo en marcha sus propios procesos de reaseguración para superar la dificultad y adaptarse a la situación. En el primer caso, el mensaje que transmitimos al niño es "sin mí no vas a calmarte, me necesitas para estar bien". Es un mensaje de no confianza, que niega al niño sus recursos privándole además de sus apoyos, llevándole a una fase regresiva y de total dependencia. En el segundo caso estamos transmitiendo al niño un mensaje de confianza en sus recursos y de respeto a su persona, sin invadirla, acompañándola en su dolor pero también en sus posibilidades



de crecimiento, manteniéndola con los pies en el suelo, lo que acaba generando satisfacción y nuevas representaciones internas que constituyen ya una experiencia de cara a futuras separaciones. Pero para ello hace falta que el adulto crea que eso es posible.

Otro ejemplo. Un niño empuja a otro y sale corriendo, repitiendo probablemente esta acción en varias ocasiones, lo que provoca malestar en el niño empujado que busca la intervención del adulto. Una vez más esta situación es extrapolable a tantas otras que acaban en peleas entre niños. Son situaciones en las que parece evidente que hay ser justos, reprender al que ha tenido un comportamiento inconveniente y eventualmente hacerle pedir perdón. Pero una mirada más amplia al fondo del ser infantil nos lleva a comprender el sentido del comportamiento del niño como una demanda de relación expresada por medios inadecuados quizá porque no tiene otros o quizá porque ha fracasado en otros intentos de relación. Intervenir no tanto para "impartir justicia" sino para favorecer que esa relación sea posible respondiendo así al deseo profundo del niño, ayudándole a dar un paso adelante a nivel madurativo, utilizando la palabra y no el cuerpo cuando quiera algo de otro, es una intervención que reúne las reflexiones de las que venimos hablando: "¿quieres jugar con tu amigo?, ¿se lo has dicho? Quizá no lo sabe o no te ha entendido. porque empujando seguramente no te ha entendido, ¿se lo decimos?" y ahí podemos mediar con el otro niño, al que le damos la oportunidad de reaccionar desde una parte positiva de sí mismo y no desde sentimientos negativos o defensivos, dándole siempre la posibilidad de decidir lo que quiere o no quiere. Pero para ello hace falta un adulto comprensivo en el más amplio sentido de la palabra, que haya comprendido en sí mismo que cuando se pelea con alguien es porque el otro no le da lo que espera o lo que quiere de él.

Y así podríamos seguir poniendo ejemplos de situaciones y comportamientos cotidianos en la vida de los niños/as ante los cuales un adulto que cree en el niño, que entiende la necesidad de garantizar su seguridad afectiva y que confía



en la capacidad de acción del niño, le mira de otra manera, y en consecuencia, actúa sobre la forma pero respondiendo al fondo del mundo emocional del niño, única manera de ayudarlo a crecer. Y el niño, que lo sabe, también va a responder desde su propia identidad •



PARA SABER MÁS

AUCOUTURIER, B. (2004). *Los fantasmas de acción y la Práctica Psicomotriz*. Barcelona: Ed. Graó.

AUCOUTURIER, B. (2012). *L'enfant terrible, ¿Qué hacer con el niño difícil en la escuela?* Barcelona: Ed. Graó

CARCELLER CREMADES, M. A. *¿Enseñar o Aprender? El acto pedagógico en la Escuela Infantil, una reflexión desde la Práctica Psicomotriz*. Islas Baleares: Universidad Islas Baleares. <http://www.in.uib.cat/pags/cat/index.html>



HEMOS HABLADO DE

Respeto; empatía; escucha; mirada; sujeto; práctica psicomotriz.

Este artículo fue solicitado por PADRES y MAESTROS en enero de 2015, revisado y aceptado en junio de 2015.